

EL ASCENSO DEL RACISMO EN FRANCIA

LA locura de los asesinos del aeropuerto romano de Fiumicino hizo que en Francia quedara prácticamente relegado al olvido el ataque con bombas de plástico de que fue objeto en diciembre el consulado de Argelia en Marsella. Balance del atentado: cuatro muertos y una veintena de heridos, cinco de ellos graves.

El hecho es, sin embargo, que los fascistas dieron un nuevo golpe en Marsella y jalaron con una nueva bomba el ascenso del racismo en Francia. Pompidou, Messmer y Marcellin emplearon un tono de firmeza después del atentado. Honoré Gévaudan, subdirector de Asuntos Criminales de la policía judicial, anunció la llegada de un equipo especial de policías enviados desde París y afirmó que se llevaría a cabo una completa investigación. Ninguna de esas promesas consiguió, sin embargo, disipar el escepticismo de los trabajadores y los franceses antirracistas. La policía local, tan eficaz en otros casos —represión del banditaje o lucha contra la droga—, pareció de pronto haberse quedado sin olfato. Pero esto es algo a lo que los árabes están ya acostumbrados: desde el 1 de enero del pasado año han muerto en Francia, víctimas de los racistas, cerca de cincuenta norteafricanos. Sólo en Marsella, a raíz del apuñalamiento, en agosto, de un conductor de autobús por un argelino mentalmente desequilibrado, fueron asesinados doce árabes. Pues bien, a pesar de que en ciertos bares de Aix-en-Provence hay individuos que se jactan discretamente de haber participado en esas operaciones de represalia, hasta ahora no se ha detenido a nadie en relación con esos crímenes.

Falta de efectivos

Tras los acontecimientos de Marsella del mes de agosto, el presidente de la República afirmó la necesidad de tomar medidas con el fin de garantizar la seguridad de los norteafricanos que trabajan en territorio fran-

cés. El 18 de noviembre explotó un artefacto en un cine de Toulon frecuentado por los árabes: dos personas resultaron heridas. El 8 de diciembre fue encontrada e inutilizada una bomba frente a un restaurante argelino de la misma ciudad, etcétera.

Parece como si los autores de atentados con bombas de plástico tuvieran patente de corso. El 13 de noviembre, el prefecto de policía de Marsella decidió suprimir las guardias estáticas frente al consulado de Argelia. Sólo se mantendrían en el barrio patrullas móviles. Razón invocada: la falta de efectivos. El prefecto, M. Heckenroth, sabía, sin embargo, perfectamente que el cónsul y sus colaboradores estaban recibiendo diariamente anónimos amenazadores, como no ignoraba que la sede de Ordre Nouveau se encontraba a pocos metros del consulado, en la calle de Fougate. «La insuficiencia de personal» no afecta para nada a los consulados de Estados Unidos y de Israel, permanentemente protegidos por la policía.

«¿Por qué no se nos da el mismo trato que a los demás?», se preguntan los extranjeros. Y citan como ejemplo la actitud de los dos jueces que instruyen todos los atentados racistas. Uno se llama Sanguinetti; el otro, Diguardia. «Sanguinetti recibe a los argelinos, a quienes interroga siempre en presencia de agentes de la policía y les prohíbe tomar asiento». Los norteafricanos se sienten abandonados incluso por la justicia. Ya en 1970, el consulado había sido objeto de un ataque con ametralladoras. Los autores no fueron detenidos hasta un año más tarde. En el juicio, uno de los acusados confesó: «No podía tolerar que la bandera argelina ondease en Marsella». Veredicto: una condena a seis meses de cárcel, con un sobreseimiento y dos absoluciones.

En cuanto a la municipalidad, a pesar de ser socialista, cada vez resulta más sospechosa a ojos de los norteafricanos. El cónsul general de Argelia, y también el embajador llegado expresamente desde París para asistir a las

exequias de las víctimas, observaron con tristeza que el alcalde de Marsella, Gaston Defferre, no se dignó asistir a la ceremonia. Es verdad que el diputado socialista participaba por aquel entonces en el congreso de su partido sobre Europa. Y, sin embargo, los argelinos se acordaban perfectamente de que Defferre había presidido la comitiva funeraria con ocasión del entierro del conductor de autobús apuñalado por el argelino demente. Las relaciones entre el alcalde y el cónsul se fueron enfriando poco a poco. El representante argelino no consideró útil acudir a una cita con el primer magistrado marsellés, que quería presentarle sus condolencias. La municipalidad de esa ciudad portuaria propuso dos edificios para abrigar provisionalmente al consulado: un chalet en las afueras de la ciudad o una antigua casa de prostitución de la calle Senac, en el «barrio chino» de Marsella. Opción considerada por los argelinos como falta de delicadeza y hasta vejatoria.

«En este contexto —explica el Movimiento de Trabajadores árabes— no es sorprendente que los racistas se vuelvan cada vez más activos y audaces». El club Charles-Martel, que se atribuye la paternidad del atentado, parece constituido por ex miembros de la OAS agrupados en torno a un coronel putschista de 1958. Uno de los admiradores del coronel afirma: «Queremos fomentar en Francia un determinado número de incidentes racistas para demostrar a la población que es tan xenófoba como nosotros».

En un comunicado, el grupo de acción del club Charles-Martel anuncia: «No quisieron una Argelia francesa. Pues bien, nosotros no queremos una Francia argelina. Hay más árabes en Francia que «pied-noirs» había en el Norte de África. Ellos nos expulsaron por la violencia; nosotros haremos lo mismo con ellos». En el periódico «Combat Européen», Duprat y Clémenti, fascistas de Ordre Nouveau, escriben: «La maleta o el fétetro, ¡elégid!».

El chantaje petrolero

«La policía tiene fichados a todos los militantes de Ordre Nouveau, nostálgicos todos ellos de la OAS, del comité de defensa de los marsilleses que agrupa a todos los matamoros de Marsella; con tal de que se lo propusiese, la policía encontraría rápidamente a los asesinos», explican los trabajadores norteafricanos, que se sienten cada vez más aislados.

En Marsella, París, Toulon y Grenoble han tenido lugar manifestaciones antirracistas. Era de esperar una mayor movilización, tanto más cuanto que van a multiplicarse seguramente los atentados contra los inmigrantes. A la población no le gusta el chantaje petrolero de los árabes... y los jefes de empresa se proponen castigar antes que a nadie a los trabajadores norteafricanos bajo el pretexto de la recesión económica. En la Citroën y la Peugeot, los primeros despedidos han sido árabes. Varios miembros de la UDR han evocado un eventual reflujo migratorio de los trabajadores extranjeros. El ministro de Trabajo, Georges Gorse, está considerando esa posibilidad no sin disgusto.

En Argelia, el presidente Bumedien, acompañado por quinientos mil compatriotas, asistió a la llegada a tierra argelina de los cuerpos de los «hermanos» asesinados en Marsella. «El Moudjahid» escribía ese mismo día: «Las buenas relaciones entre Francia y Argelia no pueden ser colocadas entre paréntesis y consideradas independientemente de las condiciones en que se ven obligados a desenvolverse nuestros emigrados a aquel país». Después del bloqueo de la emigración decidido por el Gobierno argelino el 18 de agosto de 1973, Bumedien ya no excluye la reparación. Los más aterrados, los menos politizados de los trabajadores árabes aguardan la zarpa de los barcos con rumbo a Argel... ■ HERVE CHABALIER.